

frente libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
2 de marzo
de 1937

Número 103

editado por el comité de defensa - región centro

EL PUEBLO DIRA LA ULTIMA PALABRA

Es inútil que al pueblo se le quiera encauzar por este o aquel derrotero determinado.

El pueblo tiene demasiado sufrimiento a la espalda, demasiada experiencia política y demasiado instinto para saber el camino que ha de emprender.

Las circunstancias por que atraviesa España en la hora presente han apartado a las masas populares de su camino inicial. Al decir masas populares nos referimos al pueblo que lucha y al pueblo que trabaja. Pero la tormenta pasará. Las aguas desbordadas volverán a su cauce y el pueblo, pasados los días de lucha, descansará en la victoria.

Y querrá recoger el fruto de sus trabajos, de sus dolores, querrá disfrutar del bien que se ha ganado a costa de valor y sangre, a costa de héroes, a costa de mártires.

Y no podrá encontrarse con quien le diga: Has luchado con valor, has perdido tus hijos, te encuentras con tus hogares deshechos, todo por alcanzar tu libertad, pero he pensado que te conviene seguir este camino, y si no lo sigues, yo te forzaré a seguirlo.

Eso no puede suceder.

Los hombres que luchan volverán del frente. Los hombres que trabajan descansarán de sus esfuerzos y pensarán y analizarán y emprenderán el camino cuya marcha iniciaron los caídos, sin hacer caso de los cánticos de sirenas, ni de los domadores de hombres.

El pueblo se dará cuenta de su plétora vital y tranquilamente, sin estridencias, porque nuestro pueblo hace las cosas con sobriedad, hará lo que quiera hacer, lo que deba hacer. Y se dará la forma directriz que quiera, y desarrollará su esfuerzo productor como quiera, y llegará en la práctica de sus ideales hasta donde quiera.

Serán inútiles los intentos de dominación, serán inútiles los intentos de contención; el pueblo apartará lo que interrumpa su marcha, el pueblo colocará en su puesto al que deba colocar con la seguridad de que estará bien colocado.

Las enseñanzas han sido y son muy crueles para que el pueblo se equivoque de nuevo.

El pueblo, en su generosidad, deja hacer, pero al final de la jornada el pueblo es el que dirá la última palabra.

Y esta última palabra será:

¡LIBERTAD!

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Y ayuda al pueblo español en su lucha contra el fascismo

En la lucha que sostiene el proletariado español contra el fascismo, no recibe de sus hermanos de clase de otros países la ayuda que necesita y a que se hace acreedor por el significado y la envergadura de la contienda. Sería ocioso y a la vez injusto decir que no está en el ánimo de nuestros hermanos de otros países el ayudarnos. Todo lo contrario, ellos han comprendido lo que representa nuestra guerra y por eso sienten un ostensible deseo de luchar a nuestro lado. Saben de sobra lo que significa uno y otro bando. Comprenden que si nosotros ganamos la pelea, Europa habrá entrado en la era de la paz, del bienestar y del progreso; y por el contrario, entienden, que de vencer el fascismo, la Humanidad sería empujada hacia el abismo. Toda la cultura sería destruida, las libertades de los pueblos suprimidas y una nueva guerra, más espantosa y cruel que la Europea, sumiría al mundo en el más horroroso de los dolores. Comprendiendo todo esto y sabiendo la responsabilidad que les cabe, arden en deseos de colocarse a nuestro la-

do; pero no se pronuncian en nuestro favor de una manera entusiasta y viril, porque los dirigentes de estas masas están vendidos al capitalismo. Ved sino al proletariado francés, al inglés, al belga y a tantos otros educados en las doctrinas marxistas, ¿qué hacen en favor nuestro? Nada, absolutamente nada. Se limitan a cumplir en contra de su voluntad—unas consignas contrarrevolucionarias y retrógradas que les dan sus jefes. Es mandando mensajes de simpatía o toneladas de viveres como tratan de justificar una ayuda. Nosotros agradecemos eso, pero esperamos más. Es necesario que por medio de la huelga, del sabotaje, obliguen a sus Gobiernos a derogar el acuerdo de no intervención, que no es ni más ni menos que una atadura de pies y manos de la clase trabajadora española al negarle los medios que necesita para defenderse de la agresión del capitalismo internacional.

Adelante, trabajadores del mundo. Esperamos que sepáis colocaros en el puesto que las circunstancias os han señalado.

ESPAÑA HA SIDO SACRIFICADA POR LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES Y LAS «DEMOCRACIAS» EUROPEAS, LAS CUALES HAN PERDIDO EL TIEMPO CON EL TRATADO DE «NO INTERVENCIÓN», MIENTRAS QUE ITALIA, ALEMANIA Y PORTUGAL INTERVENÍAN CON HOMBRES Y ARMAMENTOS.

A la sombra de los plátanos

La diosa nos sonríe

Un fracasado nuevo intento de poner a prueba las cualidades reactivas de nuestros hombres, llevado a cabo, sin duda alguna, por mentalidades facciosas, ha hecho exclamar a un querido compañero, de esta manera simpáticamente ingenua: Ahora siempre ganamos nosotros.

No cabe duda alguna de que, habiéndonos apoderado de las fuerzas acumuladas por el capitalismo en tiempos de servidumbre proletaria, y sabiéndolas emplear con ese tacto que caracteriza a las muchedumbres dolorosamente probadas, la fortuna no dejará de sonreírnos mientras nosotros continuamos siéndole audazmente incondicionales.

Pero es necesario seguir infiltrando nuestro espíritu de aquella agitación incontentida que pudo el 19 de julio terminar en unas horas con la traición rebelión e inocularlo a todos los antifascistas verdaderamente revolucionarios, sin dejar de recordar a quienes fueron perseguidos en épocas pasadas que, puesto que antes nos tocaba siempre perder, ahora ha llegado la ocasión de ganar en todo momento.

No debemos dejarnos sorprender por enemigo alguno que pretenda entorpecer nuestro paso. Todos los militantes de la organización anarcosindicalista deben comportarse como millones de ojos brillantes de un Argos omnisciente que atisban en los entresijos de las conciencias turbias para hacerles cambiar radicalmente su naturaleza.

O por convencimiento o por rendición ante la fuerza de nuestras armas físicas y morales, aquellos que conviven con nosotros en esta zona liberada del monstruo fascista, han de compartir con nosotros también el duro menester de la guerra que nos ha sido impuesta, echando mano de toda la lealtad de que puedan ser capaces, pues este es un deber vital que corresponde, en partes iguales, a todos los supervivientes de una misma tragedia familiar.

Y que nadie se extravié por derroteros que alumbren en lontananza los estallidos de los obuses enemigos; que nadie pretenda desertar de sus deberes en esta tierra elegida por la nueva conciencia humana, a la que espera un porvenir de gloria y de maravillosa existencia. Argos vigila y amonesta a los incautos y a los impacientes; y como tiene la fortuna—sus pies, serán inútiles cuantos intentos se hagan para abatirlo. La victoria final está en sus poderosas manos y en su clara inteligencia de anónimo guardián de la Revolución.

(Del Boletín de Información C. N. T.-A. I. T.)

Los objetivos del terrorismo faccioso

El asesinato premeditado y sin par en la Historia, de mujeres y niños que en la retaguardia y en ciudades abiertas ha llevado a cabo reiteradamente la aviación facciosa, levanta un huracán de protestas en el mundo entero y particularmente en América donde los hermanos de raza parecen sentir en sus carnes el dolor de la tremenda lucha.

«El Nacional» de Méjico y «Crítica» de Buenos Aires, los dos grandes diarios que mantienen el espíritu más ecuánime y justiciero de toda la gran prensa hispano-americana ante la contienda que destruye a un pueblo noble, digno, valeroso y pacífico a la vez, han recogido estos aspectos de la despiadada furia homicida de los fascistas y los comentan con un gran sentido humano.

En un editorial del primero de los citados periódicos puede leerse:

«La niñez española siente en carne viva el impacto de la guerra. No puede ya considerársela siquiera como víctima propiciatoria... Nadie cree ya que la sangre de los niños sea capaz de ganar batallas. El recurso a la violencia—hoy se ve claramente—, es la «última ratio» a que, por infortunio, es preciso acudir; pero universalmente se reconoce la inutilidad del sacrificio de la mujer y de la infancia. Los filibusteros que bombardean hospitales, escuelas y casas de maternidad se descalifican y se colocan por sus propios actos, fuera de la civilización y de las consideraciones que un beligerante merece.

Atentan contra ese valor intocable que es la humanidad lisa y llana, sin partido y sin deuda, quienes la siegan en su labor.

Nada más dramático, como demostración de la barbarie indiferente, que el testimonio de los asesinatos de niños que nuestras páginas gráficas han presentado. Y ningún efecto negativo más trascendental puede señalarse a la lucha española, que la invalidez y el desamparo en que van quedando los reemplazos humanos, a quienes está encomendada la tarea de construir una nacionalidad exenta de injusticias, ligera de lastres, salvada para el futuro. España tendrá que ser plasmada por manos de huérfanos. España tendrá que prolongar su existencia histórica con la mente y el músculo de los desamaparados.

Así, si la muerte es ya inevitable y la sangría no puede contenerse, los verdaderos amigos de ese semillero de naciones que es la patria del Quijote y del Cid, deberán acoger a los niños españoles sin hogar, sin amparo, sin pan y sin escuela, contribuyendo a que la dureza de la condición en que las jornadas bélicas los ha dejado se amengüe y se atempera. Una contribución para los niños es-

pañoles, es un bastón construido para sostener los muros de la nueva nacionalidad, que saldrá purificada de esta prueba del fuego y del dolor a que la Historia la somete. No es una obra de caridad: es un deber de solidaridad humana. No se inspira en conceptos pietistas, sino en el entendimiento de que el mayor deber del hombre es avivar el soplo de lo humano dondequiera que se debilita y amenaza extinguirse.

De ahí que el llamamiento hecho a los niños mejicanos y a nuestro pueblo todo por el secretario de Educación Pública, asuma calidades superiores, que deben ser atendidas, haciéndoles el honor que merecen, por el Méjico que tiene la hidalguía como virtud tradicional. Por el Méjico que proclama el Derecho de Gentes como norma de su vida de relación, que reivindica el privilegio de asilo en un mundo que va haciéndose inhabitable para los hombres que han gastado lo mejor de su existencia—equivocados o no—en las tareas tornadizas de la vida pública.

Una generosidad exacta de sentimentalismo y de vanidades deberá abrir la mano de todos los mejicanos para derramar auxilio sobre las víctimas menos responsables, merecedoras del más alto respeto, de cuantas sufren el desgarramiento de la guerra española.

Y esto debe hacerse—como lo puntualiza el secretario Vázquez Vela—«independientemente de las simpatías que abriguen los mejicanos hacia uno u otro bando», porque también hay muchos huérfanos de los fusilados por los fascistas y de los que han caído engañados por la traición militarista en el campo rebelde y todas las víctimas inocentes han de constituir el incentivo que ha de movernos a generosidad.

Los deberes públicos del Estado mejicano hacia un Gobierno amigo, que por añadidura es afín en doctrina, han sido desahogados con valor ejemplar y con intachable justificación por el Gobierno del presidente Cárdenas, cuando promueve la paz reforzando con pertrechos las instituciones españolas amenazadas por un movimiento cuartelario. Toca a nuestro pueblo solidarizarse con el pueblo de la nación hispana, haciendo llegar socorros para los sacrificados que más los han menester, los que mejores títulos tienen a encontrar un medio de supervivencia, porque son—se ha dicho ya—los constructores que sobre la ruina han de levantar la posteridad, porque son los depositarios de la cultura, de la fuerza y de la responsabilidad, los que en días por venir harán la patria nueva.»

La guerra y la Revolución exigen sacrificios, y éstos deben ser compartidos en buena lógica y justicia por todos los que han de gozar de los beneficios del triunfo. Hay que vencer para vivir. A esto vamos por la vía sindical

Ayuntamiento de Madrid

Frete libertario

ÓRGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Admón.:
Comité de Defensa
(Sección de Propaganda)
Serrano, 111.- Tel. 58653

Francia e Inglaterra con sus dilaciones se suicidan

Desde la guerra europea la economía capitalista va de tumbos en tumbos, hacia la muerte, a pesar de todos los doctores técnicos puestos a su servicio; y esto es la causa de que los Estados se hayan erigido todos en fortalezas armadas para defenderse contra el hambre que debía producir estallidos más o menos violentos en el campo proletario.

Como anarquistas, al finalizar la guerra y conocer los puntos acordados en el famoso Tratado de Versalles, ya dijimos que aquel tratado sería la fuente de discordia entre los pueblos, a pesar de que los autores lo cimentaran sobre las bases de la libertad, según su juicio bien entendido; y al correr de los días pudimos comprobar lo acertado que era nuestro juicio. Vinieron los ensayos de Estado totalitario, vinieron luego los grandes estallidos huelguísticos, preludio de la gran Revolución que ha de terminar con el sistema capitalista.

Francia e Inglaterra, sobre todo Francia, no conocieron las consecuencias de la guerra europea, hasta llegar al año 1926. Las legiones de parados en todas las naciones crearon el llamado problema social; es decir, lo agudizaron al extremo que los Estados tuvieron que tomar determinaciones sobre esta nueva plaga social, hija de la desigualdad económica, y, sin embargo, siguió su camino la política de canchalleras, estableciendo pactos y más pactos para prevenir futuros acontecimientos. Todo lo referente a agresiones de nación a nación, no tenía más objeto que ponerse de acuerdo sobre una nivelación de fuerzas, manteniendo el predominio de la fuerza los grandes Estados en contra de las pequeñas naciones, porque en las pequeñas naciones era donde más se veía claramente que de un momento a otro, el proletariado cogería la dirección del poder económico. De éstas España ocupaba el primer lugar, y es por eso por lo que nos extraña que Inglaterra y Francia se pusieron en ese plan de vacilación cuando la sublevación facciosa. Hemos de reconocer que los Gobiernos están todos cortados por el mismo patrón, sea de la tendencia que sea, pues, al fin, son defensores del sistema capitalista.

Y creyendo que aquí triunfaría la fuerza, por eso no intervinieron como era de esperar que intervinieran, para impedir el acrecentamiento bélico de los sublevados. Claro está que hubieran intervenido si hubiese sido al revés. Si hubiese sido una sublevación eminentemente obrera, no la hubieran secundado. Se trataba de unos militares con probabilidades de éxito y por eso había que estar a la expectativa. Esto es lo que hicieron Francia e Inglaterra. Más tarde, al ver que se imponía la corriente popular de un movimiento revolucionario cristalizado en el espíritu democrático del Gobierno que querían desplazar los fascistas, estas dos naciones pasaron unos días proponiendo Comisiones y Comités, unos tras de otros; total, para no impedir nada, mientras se obstaculizaba la adquisición de material de guerra al Gobierno legítimo de España, a pesar de todos sus derechos apoyados y defendidos en el Código Internacional. Estas dilaciones y vacilaciones pueden ser la muerte de Inglaterra y Francia; no lo serán, porque el valor del pueblo español será superior a todas las fuerzas fascistas y éstas serán vencidas y aniquiladas, a pesar de todo su apoyo internacional, en esa España convertida hoy en faro de luz de orientación política, económica y social del mundo.

La obsesión del momento para todo revolucionario

Todo revolucionario sincero debe tener como preocupación única, ganar la Revolución. Basta ya de cantos a la guerra. Como buenos antimilitaristas que somos, no debemos pensar, más bien crear el organismo de la Revolución, cuyo organismo debe ser la salvaguarda de las conquistas adquiridas a precio de sangre. Bien está que nos preocupemos de abatir al fascismo; es más, debe ser preocupación de todos los momentos, terminar cuanto antes con esta plaga; pero eso sí, jamás debemos olvidar que no es posible ganar la guerra sin ganar la Revolución. Lo hemos dicho una y cien veces y lo repetiremos mientras no veamos que la Revolución ha penetrado ya en todos los estamentos habidos y por haber.

Vamos decididamente hacia la estructuración de una nueva sociedad: esto no es posible realizarlo sin apelar a medios revolucionarios, porque la Revolución destruye y construye a la vez; por eso se llama la Revolución, el acto insurgente de un pueblo en armas.

Ganar sólo la guerra interesa a las fracciones políticas, porque saben perfectamente los que siempre han granjeado en las alturas del poder, que si se ganara la guerra sin pensar en estructurar algo nuevo, volvería el pueblo a ser lo que era antes, carne de cañón y pasto para forjar felicidad para sus verdugos, mientras en sus hogares las compañeras y los hijos seguirían careciendo de lo más elemental para su sostenimiento.

Nos imponemos los revolucionarios el deber de ganar la Revolución. Así nos lo juramentamos todos los explotados cuando en la calle, en fecha inolvidable y que ya ha pasado a la Historia, nos hallamos frente a frente de un enemigo armado, con armas cogidas al improviso del momento, porque los que hubieran podido armarnos hacían el oído sordo a nuestros gritos de angustia y de peligro que señalábamos. Estos, que querían las armas para mantenerse en sus privilegios y las confiaban a quienes les traicionaron, son los que más vociferan y gritan que hay que ganar la guerra y que al frente deben ir todos los hombres; pero lo cierto es ellos procuran, para sus acólitos también, buscar puesto adecuado aquí o allá, a la salvaguarda del peligro, con crecidos emolumentos, para ir tirando del carro del desfilfarro, mientras la sangre del obrero se sigue derramando en holocausto de un porvenir más risueño y de una sociedad más justa que la que ellos piensan, sin duda, establecer.

Con esta Revolución, hemos de terminar con el fascismo, con el militarismo histórico, porque todo esto es el antídoto de la felicidad humana. Hemos de disolver, si queremos ser libres, todos esos fenómenos que se agrupan y se aglutinan alrededor y en defensa del sistema capitalista.

Hemos de pensar y convenir que no habrá felicidad en la tierra mientras subsista la desigualdad económica. Hacia ésta es donde deben de

converger todas nuestras energías, todas nuestras actividades. Sólo así venceremos al fascismo, que es ganar la guerra. Y la Revolución triunfante dará al mundo que nace aquello que espera, que no es otro que el bienestar y felicidad del trabajo para todos.

Del 9 largo

Nos decía ayer un compañero que tenía comparado a FRENTE LIBERTARIO con un chico pequeño a quien sus padres quieren más, precisamente por ser el más pequeño. Y pensándolo despacio... puede que tenga razón.

A ver si nos entendemos, camaradas. Cuando se acusa de algo a alguien, lo primero que tiene que hacer este alguien es destruir la acusación.

Lo que se ve no hay que explicarlo. Lo que hay que explicar es lo que se oculta.

Estamos impacientes por ver los uniformes de los nuevos inspectores del Ejército.

Sobre todo por admirar la cantidad de cosas que llevarán encima a juzgar por la multitud de obligaciones a realizar.

Ahora si que somos flamencos. Tenemos «chatos» y hoy nos han dado «tapas» de bacalao.

Y además es muy rico. ¡Que conste que decimos que hemos comido bacalao y que está muy bueno!

EJEMPLARIDAD

Dice «Acción Libertaria» de Buenos Aires:

«Los trabajadores de Méjico están dando un alto ejemplo de solidaridad con sus hermanos españoles. Están realizando—así lo afirman los últimos telegramas—todas las cargas y descargas de material bélico para España, sin querer percibir un solo centavo por ello.

¡Qué lección nos dan a nosotros, que hasta ahora no hemos sido capaces de vencer todas las trabas interpuestas por el Gobierno, ni las triquiñuelas de ciertos dirigentes sindicales, cargando con alimentos, ropas y medicamentos por lo menos un barco hacia España!»

Sin mala intención

VARIAS PREGUNTAS INGENUAS

¿Será verdad que «Nosotros» en Valencia es el número uno de la serie?

¿Será verdad que la suspensión del órgano de la F. A. I. pase desapercibida o quede sin protesta por parte de nadie?

¿Será verdad la intención de hacer delito «gravísimo» el de poseer doscientos ejemplares de un periódico suspendido?

Abascal, 4. Madrid. - Teléfono 32671
Talleres Socializados del S. U. I. G.

Ser o no ser

Nuestro fraternal colega «Fragua Social», se ocupa en dos artículos difícilmente irrefutables del problema de la defensa, al que todos debemos prestar en estos momentos la máxima atención. Por reflejarse en ellos el pensamiento que hoy anima a las masas obreras, vamos a reproducir algunos párrafos de los mismos:

«Se podía jugar a la guerra en tanto frente a nuestras Milicias no había más que los generales traidores y sus mesnadas. Estos no podían contar entonces con las tropas enzarzadas en sus manos, porque esas tropas eran y son del pueblo y no había que esperar que contra éste lucharan. Pero desde el momento que a la causa de los facciosos se unieron los aventureros y la canalla dorada de Alemania e Italia y los detritus morales de otros países, jugar a la guerra ya no era ni es posible. Se impone hacer la guerra.

Y la guerra no puede hacerse en nombre de un ideal cerrado, de un exclusivismo partidista, sino en nombre de todos los credos que comulgan en un ideal común: la libertad.

Y la guerra no puede hacerse sino de la única manera que se hacen las guerras: con Ejércitos.

Y la guerra no puede hacerse haciendo cada cual lo que le viene en gana, sino con lo que aconseja y exige el buen sentido: Disciplina.

Hay que hacer la guerra en nombre de la libertad, y la libertad no pertenece en exclusiva a los republicanos, ni a los socialistas, ni a los comunistas, ni a los sindicalistas, ni a los anarquistas: pertenece al pueblo; y un pueblo que luche por su libertad, es un pueblo invencible.

Hay que hacer la guerra con ejércitos, porque ejércitos son las hordas que avanzan con sádicos designios liberticidas sobre el pueblo, pasando por los puntos vulnerables, por entre las brechas abiertas por la falta de organización y de moral...

Hay que hacer la guerra con disciplina, porque disciplina, en definitiva, equivale a organización, a unidad, a orden, a moral; y organización a cosa estudiada y articulada, a cosa que responde a un motivo y a un fin; y si el motivo puede ser el mando que asusta, y aun repugna, el fin es la libertad.

Un solo objetivo: ganar la guerra. Así se habla. Lo que hace falta ahora es no olvidar esas palabras hasta que lleguen al alma de todos. Hemos llegado a la hora de ser o no ser.

Si queremos ser, hagamos la guerra de la única manera que puede hacerse: con ejércitos, con mando único y con disciplina.

Si no queremos ser, dejemos de ser héroes desgraciados, ahorrémosle sangre y convirtámonos voluntariamente en esclavos de March, de Franco y del cardenal Segura.

La guerra, con los cuantiosos refuerzos que los facciosos han recibido de Hitler y de Mussolini, ha entrado en una fase de agitación. El enemigo sabía que nosotros contábamos con mayores probabilidades que él para aguantar la campaña, por larga que fuera, y se decide a imprimirle mayores bríos. A esa actitud hemos de contestar nosotros con mayor energía, con mayor confianza y con una más elevada moral. Las tres fases se han de sacar de la interpretación que hemos de dar a la movilización que queremos realizar. Pero para no perder el contacto de codos con la realidad, se precisa que nuestras actividades se aparten del fárrago de palabras de que se rodean y vayamos con toda rapidez a los hechos.

Es de absoluta e imprescindible necesidad que cuando nos dirijamos al pueblo, nuestro lenguaje esté saturado de franqueza, de ruda sinceridad, que le digamos que el triunfo es nuestro... si sabemos conseguirlo luchando; que contra nosotros combaten Italia, Alemania y las mesnadas marroquíes de Franco; que en el triunfo hemos de confiar, sobre la marcha y en la medida que nos depare la garantía de nuestro esfuerzo.

Mancomunadas las energías de todos los antifascistas con la fe inquebrantable en la victoria, el aplastamiento del fascismo será cosa de poco tiempo.»

Aviso a todos los milicianos de la Columna Durruti

El Cuartel general de esta Columna hace saber a todos los milicianos de la misma, que en el plazo de cuarenta y ocho horas deben presentarse en el Cuartel, transcurridas las cuales se considerarán dados de baja de la Columna los que no lo hayan efectuado. Quedan excluidos de este aviso los hospitalizados por diferentes causas.

Madrid, 1 de marzo de 1937.—El Jefe de la Columna, RICARDO SANZ.

HA LLEGADO EL MOMENTO EN QUE LA ORGANIZACIÓN SINDICAL, SIN PREFERENCIA POLÍTICA NI FILOSÓFICA, DEBE PROCEDER A LA MOVILIZACIÓN GENERAL DE QUIEN SEA ÚTIL PARA REALIZAR UNA LABOR NECESARIA, PRECISA, INDISPENSABLE O ÚTIL A LA GUERRA, A LA REVOLUCIÓN Y A LA COLECTIVIDAD.

HAY QUE ORGANIZAR RÁPIDAMENTE Y A PASO DE CARGA, LA VIDA ECONÓMICA DE LA NACIÓN, Y NADIE LO PUEDE HACER SIN CONTAR CON LA ORGANIZACIÓN SINDICAL. ES A ÉSTA A LA QUE CORRESPONDE, POR IMPERATIVO Y POR EL CARÁCTER DE LA LUCHA ENTABLADA, LA ORDENACIÓN, LA COORDINACIÓN Y LA DIRECCIÓN DE LA ECONOMÍA, DE LA MORAL DE LA GUERRA Y DE LA PROPIA REVOLUCIÓN.

EL TÉCNICO EN SU LUGAR. EL OBRERO EN SU ESPECIALIDAD Y TODOS A CUMPLIR CON EL DEBER QUE IMPONEN LAS CIRCUNSTANCIAS PARA REIVINDICAR CON EL MENOR ESFUERZO POSIBLE, EL DERECHO A VIVIR LIBRES DENTRO DE UNA SOCIEDAD DE LIBRES E IGUALES.

Trabajadores: leed todas las mañanas "Castilla Libre" Ayuntamiento de Madrid